

crisis vocacional en españa

Si hay un problema grave con el que se estén enfrentando en estos momentos los superiores de las Ordenes religiosas es el de su disminución progresiva. La gráfica de vocaciones que marcaba una línea ascendente desde el final de la guerra, no se ha mantenido, sino que después de perder fuerza durante varios años, ha iniciado un violento declive de imprevisibles consecuencias. No hay vocaciones. Noviciados que hace unos años tuvieron que dividirse entre dos Padres Maestros, para poder atender a los cerca de cien novicios, apenas cubren ahora la veintena. Por otra parte, las salidas legalizadas de religiosos con votos temporales o perpetuos se han cuadruplicado y las peticiones de sacerdotes de reducción al estado laical son también muy numerosas.

¿Qué ha sucedido? ¿Es justificado el escándalo que ante esta realidad, más o menos abiertamente se trasluce en ciertos ambientes, o es un fenómeno sociológico y pasajero del momento presente?

Urge analizar las causas, porque es urgente la necesidad de soluciones positivas. Y las causas son diversísimas; tantas cuantas son las condiciones de lugar y ambiente en que se desarrolla la vida religiosa y las vocaciones para ella. Limitándonos a España, aunque el problema es universal, encontramos unas constantes, que sin ser las únicas, no cabe duda que actúan directamente sobre el problema que tratamos.

signos de una decadencia

Ante todo, hay un agotamiento real de varias de las fuentes importantes de vocaciones sacerdotales y religiosas. Sociólogos de la Compañía de Jesús, al tratar este fenómeno en España, han llegado a la conclusión de que el número mayor de vocaciones proviene de familias de cinco o más hijos. Ahora bien, estas familias tan numerosas han decrecido muchísimo y tienden cada

vez más a disminuir, con lo que se corta una fuente, hasta ahora muy importante.

Los mismos estudios sociológicos demuestran que los núcleos que han producido más vocaciones son los pueblos de menos de quinientos habitantes. Son estos pueblos, precisamente, los afectados por la emigración interior que tiende a converger en el centro y en los litorales de toda la península, produciendo una gran "U" despoblada, que abarca del norte de León al de Aragón, pasando por Extremadura, Andalucía y Castilla la Nueva, excepto Madrid. Es ésta, pues, una causa independiente en sí de la vida religiosa, pero que la afecta directamente.

Pero dejando aparte esta importante razón extrínseca, hay otra causa más propia de todos los estados de vida de perfección, como de toda sociedad —y, por supuesto, de la Iglesia— en general. Nos referimos al desfase de las estructuras. Es un tópico hablar a estas alturas de puesta al día, pero no por eso deja de ser real. Las Ordenes religiosas son sociedades de evolución esencialmente lenta, con un mayor o menor margen de adaptación, dependiente del momento y de la mentalidad histórica en que se forjaron sus Constituciones. La necesidad que justificó su fundación, pudo ser muy concreta, como la redención de cautivos, o más genérica, como el servicio de la Iglesia o la enseñanza. En el primer caso es claro que hay que dar un nuevo sentido a la finalidad específica de la Orden si quiere seguir viviendo. La segunda postura es la que encierra todo el problema de adaptación del propio espíritu.

Hasta hace muy poco tiempo, el crecimiento psicológico de los jóvenes religiosos en formación no crecía paralelamente a su desarrollo biológico; y junto a una formación intelectual de nivel universitario, se daba una importancia a otros valores (la responsabilidad, por ejemplo) verdaderamente raquítica. Hoy este panorama ha cambiado por completo y se ha impuesto un vértigo psicológico de evolución tal vez tan desfasado por carta de más, como lo era la anterior lentitud por carta de menos. La evolución ha comenzado de abajo arriba y las estructuras accidentales van saltando una por una, bajo presiones inesperadas, porque no se tuvo la previsión de dejarlas caer a tiempo. Hoy como ayer, el vino nuevo sigue exigiendo odres nuevos. Por eso, cuando a estas nuevas necesidades de cambio no les nace una respuesta proporcionada, la tensión se acentúa y la crisis aparece como algo natural.

Un tercer punto de reflexión a escala nacional es de la carencia de libertad religiosa. Su influjo en el tema que tratamos es mucho más inmediato de lo que pueda parecer a primera vista. La vivencia religiosa, como todo, va condicionada, en un elevadísimo tanto por ciento, por el medio ambiente. La carencia de oposición engendra debilidad por pura ley dialéctica. La falta de contraste produce error de perspectiva y el no poder confrontar lo personal nos lleva a no valorarlo. ¿No ha sido ésta la consecuencia, a nivel de catolicismo español, de nuestro tuciorismo a ultranza durante tantos años de catolicismo oficial? El español normal no es consciente del valor de su religión, como lo es un americano o un holandés. ¿Por qué ese anticlericalismo ibérico, si no es por reacción natural —al menos en parte— ante lo impuesto? La Iglesia sería la primera beneficiaria de una completa libertad religiosa y en el plano que tratamos, de una manera peculiar, por el grado de conciencia que llevaría consigo cada elección particular hacia una vida de consagración.

Después de la guerra hubo un impresionante aumento de vocaciones que nació del espiritualismo más o menos exaltado de aquellos momentos. Fue una

época de generosidad en la entrega y de seguimiento de Cristo, como al gran Rey Eterno que quiere conquistar todo el mundo para sí, según la meditación ignaciana. Para la juventud actual el espíritu de entonces ha pasado y no ha sido sustituido por otro equivalente. Es lógico, por tanto, que el índice de generosidad disminuya, y con él, las vocaciones religiosas que para progresar necesitan un enorme tanto por ciento de entrega desinteresada.

Falta valor para afrontar soluciones nuevas desde arriba, porque las que ahora existen son suficientes para quienes tendrían que decidir. Pero cada vez lo son menos para los que van llegando y que no pueden cerrar los ojos a la evidencia innegable de la vejez de la Iglesia en España. Vejez que impide la atracción y que fomenta el cansancio. Vejez que se quiere excusar bajo el título de "herencia sagrada de la tradición" y que es algo muy distinto. En el núcleo de la tradición está la evolución. ¿Hay algo más mantenido a lo largo de la historia de la Iglesia que los cambios continuos en todo aquello que no era esencial? Pablo VI lo ha vuelto a entender así con su delicada invitación a dimitir para todos aquellos que ya han consumido sus fuerzas al servicio de la Iglesia. No se trata de ECHAR, se trata de RENOVAR. Es de nuevo la realidad del vino y los odres. Ciertamente que hace falta una gran prudencia, pero paralela siempre a la santa audacia y fundada en la sana libertad de los hijos de Dios. Es fácil enhebrar tópicos y rechazar tópicos con tópicos. Lo difícil es dejar lo caduco, cuando se ha hecho carne y sangre propias. Hemos identificado el espíritu con las formas, y nos hemos quedado viejos sin querer. Es la acusación que nos hacen los de fuera y la conciencia que vamos adquiriendo los de dentro. Ante ello nos conformamos con aspirar a lo mínimo: a encontrar una rendija en las estructuras que permita el rejuvenecimiento; pero, ¿existe?

Nos duele la vejez de espíritu de nuestra Iglesia, precisamente porque es nuestra Iglesia. Y estamos convencidos de que el paso de la crisis religiosa a través de su piel ha producido ya un efecto doloroso pero saludable: el de examinarse a sí misma.

conciencia de cambio

Pero no basta examinar sólo lo que no tenemos y deberíamos tener, para conseguir una imagen clara de los motivos de la crisis religiosa. Hay que analizar también aquellos factores que de una manera más o menos positiva han actuado sobre la gráfica vocacional en su declive de hoy.

Una de las causas psicológicas más importantes es lo que podríamos llamar ADELANTAMIENTO DE LA CRISIS MERIDIANA. Hay una precocidad en el planteamiento de la propia postura ante la vida que antes no existía. Esta precocidad no es sólo propia de la vida religiosa (un muchacho de diecisiete años en un colegio hoy, ha vivido mucho más que uno de su misma edad hace quince años), pero es en ella donde adquiere caracteres de suma importancia por la irreversibilidad del sacerdocio. Ahora un religioso de veinticinco años se ha planteado ya con toda seriedad la aceptación o no aceptación de la mediocridad, el honrado ir pasando como un medio más de ganarse la vida, el sentido de las cosas, el volverse o el seguir adelante... Nos duela o no, lo que hoy verdaderamente hace al religioso sentirse ligado a su vocación es el sacerdocio y no los votos. A la larga quizá sea mejor pues los años para pensar el paso decisivo son más y de mayor madurez; pero no cabe duda que hay algo desvir-

tuado en todo ello. Algo que fomenta la sensación de inestabilidad y que no sabemos definir. Es como si en nuestros compromisos perpetuos siguiésemos manteniendo una escalera de incendios, por si acaso... ¿Qué ha producido este estado de cosas?

Ante todo, nos encontramos con el hecho histórico más importante de la Iglesia en el siglo veinte: el Concilio Ecuménico Vaticano II. Cuando Juan XXIII abrió las ventanas de la Iglesia para que la luz y el aire la inundaran, hubo muchos millones de personas que se dieron cuenta de que ellos estaban allí. Dentro de la Iglesia. Que aquella era su casa y que tenían algo que decir; en una palabra: adquirieron conciencia de cristianos. Después los Padres volvieron sobre el mismo tema y reafirmaron con todo su peso conciliar la importancia trascendental del seglar en el cuerpo vivo de la Iglesia. Y se produjo un movimiento de péndulo. De creer que la Iglesia era igual al Papa más los obispos, más los sacerdotes y nada más, se ha pasado a la idea genuina de que la Iglesia es igual a los cristianos pastoreados por Pedro en el nombre de Cristo, por medio de la jerarquía.

Sin embargo, la nueva concepción, que objetivamente es la verdadera, ha producido un desenfoque psicológico, por la novedad del descubrimiento: se ha pasado a pensar que el espíritu eclesial es algo casi exclusivamente seglar. Al caer en la cuenta de lo fundamental que es ser buen cristiano profesional, se ha olvidado un poco la enorme necesidad de más y mejores apóstoles consagrados a Dios. Es precisamente esta misma conciencia de la importancia que tiene el seglar, de su puesto en la Iglesia, la que exige como contrapartida una selección mucho más estricta de los hombres que se quieran entregar a Dios en servicio de sus hermanos.

nuevas valoraciones

Consecuencia de la nueva situación del cristiano ante su postura de inserción en la Iglesia es lo que podríamos llamar la democracia natural-sobrenatural. Falta una jerarquización de los valores de la vida y de las cosas. Lo cual no es sino una carencia de profunda formación cristiana. Sin embargo, como la postura del cristiano postconciliar es eminentemente activa, su tácita democratización de valores no nace de una devaluación positiva de lo sobrenatural, sino de un excesivo realce de lo natural. En la vida religiosa de hoy es el problema que se presenta con más crudeza. ¿Cómo incardinarse en el mundo y ser religioso? ¿Cómo compaginar pobreza y medios para la acción? ¿Qué sentido tiene hoy día la contemplación? ¿Cuál es el margen entre la obediencia y la propia iniciativa?

Para el religioso que haya meditado profundamente los decretos conciliares, han dejado de ser simples las soluciones de siempre, basadas en un concepto ascético de la perfección: lo más perfecto es lo que supone mayor vencimiento. Ahora se es consciente de que en esta gran sociedad fundada por Cristo es fundamental una especie de MEDICION DE TIEMPOS Y MOVIMIENTOS que como en cualquier otra empresa humana, busque el máximo rendimiento posible (natural-sobrenatural) de sus hombres y sus obras. Se impone la eficacia en lo sobrenatural, pero para ello es necesaria la jerarquización de valores. No es relativismo, sino una apertura hacia Dios para catalogar la máxima ur-

gencia de cada momento. Pero a esto no hemos llegado. Tal vez ésta sea la causa de muchas defecciones: descompensación entre lo natural y lo sobrenatural. Exagerar cualquiera de los extremos lleva al fracaso, pero no siempre se ha comprendido así.

Quisiera terminar analizando el concepto de sacerdocio que ha surgido del desequilibrio anterior; es la idea del sacerdocio-oficio. Apenas si se concibe actualmente un ministerio sacerdotal estricto. La idea de segregación paulina, que durante tanto tiempo se interpretó como separación, ha cambiado de sentido y toma cada vez más el carácter de responsabilización. Dios responsabiliza a quien El quiere, en beneficio de los demás hombres. Por eso, toda la inquietud de las jóvenes promociones de estudiantes religiosos se va enfocando cada vez más hacia un centramiento EN MEDIO de los hombres. Quizás no se haya encontrado todavía el centro justo, pero de los fracasos descartados nace la verdad. El sacerdocio-oficio ha pasado y lo que se busca ahora es el sacerdocio-misión. Un sacerdocio más dinámico, más relacionado con los demás, de menos introversión a la búsqueda de imperfecciones propias y de más caridad con los hombres.

Qué duda cabe de que la revalorización de la persona que ha nacido a raíz de la última guerra encuentra en el sacerdocio-misión una de sus más genuinas representaciones. La misión y el oficio se contraponen lo mismo que la variación y lo de siempre. El hombre es una eterna sorpresa para la que no valen horarios previstos y a la que hay que estar descubriendo en cada segundo. El sacerdocio no es una ventanilla de oficina para repartir bautizos. Muchos cansancios han nacido de aquí; de la falta de un horizonte de más trascendencia. Del no llegar a formularse conscientemente un programa de sacerdocio-misión que justifique en su totalidad las renunciaciones a que se ha comprometido. En el momento presente el sacerdote es más necesario que nunca. Porque lo sabemos y porque somos conscientes de ello, analizamos la actual situación y volvemos nuestra mirada a Dios que vela sobre la Iglesia.

crisis vocacional en españa

